



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



16 de febrero de 1889



Núm. 68



LA CONCHA DE PERLA

UN RATO DE CHARLA

No podremos quejarnos del *movimiento literario* que se va desarrollando en nuestro país: en pocos días han brotado una porción de importantes *Revistas* que, añadidas al número de las que ya se publicaban, constituyen un verdadero lujo en este género de periódicos.

Sin embargo, no hay que considerar eso como un sintoma de adelantamiento: nada cuesta hilvanar un artículo ó pronunciar un discurso. Con unos cuantos libros se puede salir del paso. En suma, esas manifesta-

ciones son obra de *vulgarización teórica*: falta lo principal, que es la práctica.

Y en España, por triste que sea tener que confesarlo, estamos rematadísima-mente mal en cuanto á ello. Aquí no se sabe nada *experimentalmente*: no se *cultivan* las ciencias. Se escriben libros, artículos, folletos; pero sin datos originales.

Nuestra pobreza en este punto es tan notable que, á pesar de mi odio á la guerra



La concha de perla

y á mi indiferencia por cuanto se roza con la milicia, no podré menos de acoger con satisfacción el buen éxito del invento del Sr. Peral, ya que demostrará que en España tenemos algo más que oradores, articulistas y autores de libros.

Comenzando ya en la escuela de párvulos y acabando en el doctorado, nuestras escuelas, institutos y universidades dan una enseñanza coja, manca, tuerta, ó como quiera llamársela, desprovista del lado práctico, experimental, ilustrativo.

El catedrático de botánica quiere que sus alumnos puedan clasificar una planta tan sólo por oírle decir, entre las cuatro paredes de su aula, los caracteres que la distinguen; el de química supone que basta su palabra doctoral para que, sin necesidad de verlo, sepan los alumnos cómo reacciona el cianuro de mercurio sobre las sales de cobre; y el de anatomía se ve obligado á hacer comprender, mediante ciertos períodos oratorios, la organización de los riñones.

De ahí nuestra enorme inferioridad científica respecto á los extranjeros. Triste es decirlo, pero vamos á la zaga de la misma Rumanía. Un Letamendi, un Ferrán, unos Bonet y Cabanyes, un Peral, un Castellarnau, un

Calderón y Arana, con alguna docena más que podríamos añadir, son verdaderos fenómenos, en cuanto se trata de inventores, de *hombres-fábricas*, no de *hombres-almacenes*, como decía Balmes, no sé si originalmente.

Entiendo, por lo tanto, que, siendo tan escaso el movimiento *productor científico* nacional, van á tener que dar cabida esas revistas á muchas disquisiciones teóricas, á puntos doctrinales ó históricos, ya sabidos y nada interesantes.

Mejor aplaudiría yó, por ejemplo, la formación de un museo, de una escuela, de un laboratorio, de un taller, queno la aparición de nuevos periódicos destinados á dar cabida á trabajos *muertos*.

En medio de todo, sin embargo, sería injustísimo negar que algo se trabaja en algunos centros de carácter privado, como son la Institución Libre de Enseñanza, el Fomento de las Artes, las Escuelas de Comercio para Señoras, de Valencia; las Sociedades Excursionistas de Barcelona, y otras más, indudablemente, que no recuerdo, que han tenido el buen acierto de separarse de la organización venerablemente escolástica que informa la enseñanza de nuestras universidades y escuelas, como si todavía estuviéramos en los tiempos de Salamanca y Alcalá. Con todo, merecen una excepción las Escuelas de Artes y Oficios, el Museo Pedagógico y algún otro establecimiento oficial, innegablemente progresivos.

Hay un refrán catalán que dice que *el leer hace perder el escribir*, y creo que esto nos pasa á los españoles: leemos mucho, y ya creemos, por haberlo leído, saberlo todo. Siendo así que la letra es nada sin *la experiencia*, que vivifica.

Muy de desear sería, por consiguiente, que, sacudiendo esa *grafomanía* que nos caracteriza, dedicáramos parte de nuestra atención á *ver y tocar*, descendiendo, de las esferas especulativas en que nos solemos cerner siempre, al terreno de la práctica experimental.

Siempre vuestro

ANTOÑITO



La concha de perla



La concha de perla

EL INVIERNO

Ya las hojas se despiden
cayéndose de los árboles,
que parecen esqueletos
sostenidos por el aire.
Ya no se oyen los cantos
tan sonoros de las aves
que allá en la primavera,
lanzan alegres al aire.
El verde desaparece
de los campos, y los mares
ya no presentan al hombre
sus brisas tan agradables,
que en verano le convidan,
á pasear por sus mares.
Y es que ya la primavera
ha dejado de notarse,
y el verano ya ha pasado,
llevándose los afanes

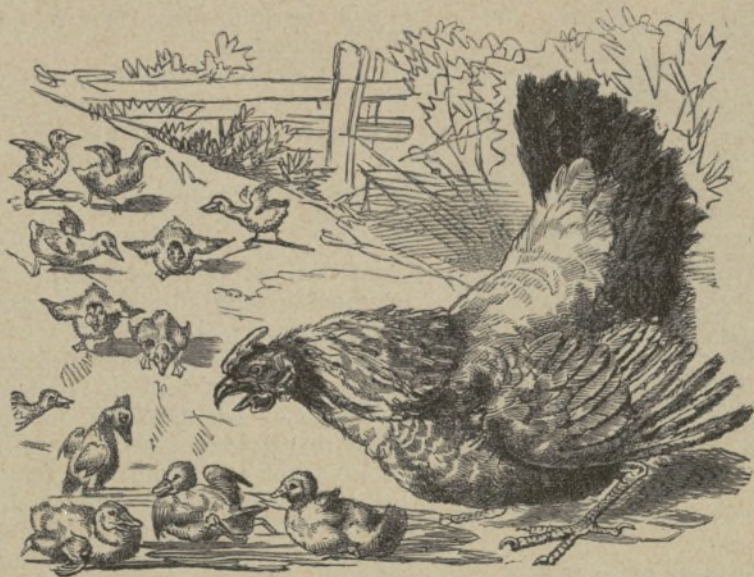
que en el campo se practican,
recogiendo cereales,
y el otoño ya ha pasado
dejando el frío que avance
y que el invierno se acerque
helando nuestros hogares.
Esta estación que nos entra,
es la más desagradable:
en ella, todos los días
se nos hielan los estanques,
y con tres cuartas de nieve
aparecen nuestras calles,
sintiéndose un frío tal
que los que padecen males,
¡sucumben al cementerio
sin poder ya soportarle!

AUGUSTO ÁLVAREZ

JUEGOS OLÍMPICOS

ERA tal la faustuosidad y esplendor que los griegos imprimían á esas famosas fiestas, que con referencia á ellas decía Píndaro:—No busquéis en el cielo un astro más brillante que el sol, ni entre las fiestas de la tierra otras que puedan ser comparadas con los maravillosos Juegos Olímpicos.

Celebrábanse en Elide, á orillas del río Alfe, siendo su programa profano y religioso á la par. Los diversos pueblos de Grecia se hacían representar en ellos por los hombres más ilustres y poderosos de sus respectivas comarcas,



Historia de una gallina

que con sus talentos y su munificencia contribuían grandemente al esplendor de tan grandioso acto. Dichas fiestas duraban cinco días. Inaugurábanse con procesiones y sacrificios á sus dioses; luego tenían efecto las luchas y asaltos para demostrar la fuerza y flexibilidad corporal; seguían las carreras (*courses*, como para mayor claridad decimos hoy) de niños, de hombres, de caballos y de carros olímpicos; y finalmente entonaban cánticos encomiásticos en honor de los vencedores.

En estas fiestas no se otorgaban *objetos artísticos* ni flores cordiales ó naturales: los premios consistían en simples coronas de ramos de olivos y en ramas de palmera, bien que el *objeto* era lo de menos: la suprema ambición de los griegos estribaba en poderse mostrar como vencedores en los Juegos Olímpicos. El que conseguía el ansiado triunfo, al regresar á su país natal sus conciudadanos salían á recibirle con un carro lujosamente adornado y tirado por cuatro soberbios caballos blancos, ya que, según los griegos, los pueblos á quienes cabía el honor de haber sido cuna de algunos de estos héroes no tenían necesidad de ceñirse de murallas.

Los Juegos terminaban con grandes ceremonias religiosas y con banquetes en honor de cuantos habían conquistado una palma ó una corona. Como el público que se reunía en la asamblea representaba lo más selecto de la Grecia, los artistas y autores aprovechaban la ocasión para dar á conocer sus respectivas obras. Los pintores y escultores componían sus cuadros y estatuas, los poetas recitaban sus composiciones, los oradores improvisaban hermosos discursos; y aun cuando estos elementos no formaban en el programa de los Juegos, era un gran aliciente adicionado á ellos, y que redundaba siempre en favor de los autores, á los cuales proporcionaba tanta gloria como provecho.

Toda hostilidad, toda lucha intestina, quedaba suspendida en tanto duraba la celebración de los Juegos, que tenían efecto cada cinco años, y posteriormente cada cuatro, como se verifica hoy con las grandes exposiciones periódicas de la industria.



Historia de una gallina

El tiempo que mediaba entre la celebración de una á otra fiesta, constituía lo que los griegos llamaban *una olimpiada*, y por olimpiadas continuaron dividiendo la duración de los tiempos los antiguos.

Corría el año 400 antes de la era Cristiana, ó, por expresarme con más propiedad, la 80 olimpiada, cuando ocurrió lo que voy á referiros.

Habíanse celebrado los predichos Juegos. Los atletas habían combatido heroicamente, los premios de carreras pedestres habían sido tenazmente disputados por los hombres y por los niños, la noble é imponente asamblea saludaba con sus vítores á los héroes de aquella hermosa fiesta, cuando un espectador, levantando á lo alto un manuscrito que llevaba en la mano, pidió permiso para proceder á su lectura.

Aquel hombre era Herodoto de Halicarnaso, el inmortal fundador de la historia.

Apenas empezó á hablar, cuando murmullos de admiración partieron de todos los ámbitos de la asamblea; tanto que, á fin de que la voz del orador pudiese ser oída por todos los asistentes á aquel incomparable acto, fué invitado á subir al estrado de honor, donde se hallaban los jueces revestidos con sus magníficas túnicas de color de púrpura. Inmediatos á ellos veíanse los patricios atenienses, los primeros de Grecia por su culto á las artes y á las letras.

Quando el silencio se restableció, Herodoto dió comienzo á la lectura de su obra inmortal; siendo tan viva y profunda la sensación que ésta causaba á sus oyentes, que á veces se veía obligado á suspenderla, ya que los aplausos apagaban su voz.

Cuando el silencio se restableció, Herodoto dió comienzo á la lectura de su obra inmortal; siendo tan viva y profunda la sensación que ésta causaba á sus oyentes, que á veces se veía obligado á suspenderla, ya que los aplausos apagaban su voz.

Acabada la lectura del primer libro, que era el resumen de la historia de los pueblos de Asia vencidos por los griegos, comenzó la narración de la de Egipto, habló de la Arabia y de Asia, terminando de esta suerte la primera parte de sus estudios, que fué coronada con una ovación difícil de narrar.

A continuación leyó la segunda parte de su trabajo, que contenía los anales de Grecia. Fué tal el entusiasmo que produjo en la asamblea, que, interrumpiéndole en su lectura, los espectadores prorrumpieron en gritos de —¡Honor á Herodoto! ¡Honor á aquel por quien los memorables hechos de Grecia serán inmortales! ¡Gloria al padre de la historia!

Mas el héroe á quien tan espléndida ovación se tributaba, apenas si demostraba la más leve emoción: parecía tranquilo, sosegado, indiferente, cual si fuese ajeno á aquellos entusiasmos. De vez en cuando su mirada se separaba de su manuscrito y vagaba serena y apacible sobre aquella entusiasmada masa: su atención se concentraba sólo en un espectador cuya actitud reservada y fría contrastaba abiertamente con la del resto de los espectadores.

¿Por qué Herodoto fijó en él su atención? ¿Porque estaba sentado entre los atenienses y le creyó algún eminente patricio de la república? No ciertamente: aquel espectador era un niño y no podía tener autoridad ni representación alguna. Le miraba tan atentamente por la profunda emoción que se reflejó en el semblante de aquel niño apenas subió al estrado, por la devotísima atención con que siguió su lectura, porque le vió llorar transido de emoción cuando la asamblea prorrumpió en sus vítores y aclamaciones.

Las lágrimas de aquel niño impresionaron vivamente al historiador, que prefirió aquel mudo y tiernísimo homenaje á las más pomposas alabanzas que le tributaron los ciudadanos helénicos.

Cuando la lectura fué terminada, un espectador pidió que á cada uno de los nueve tomos de la obra de Herodoto se le diese el nombre de una de las nueve Musas, proposición que fué aprobada en el acto.

En tanto el público se entregaba á los mayores trasportes de entusiasmo, Herodoto no separaba su vista del niño que tan vivamente había logrado interesarle, y el cual, fijo en su sitio, continuaba llorando silenciosamente.

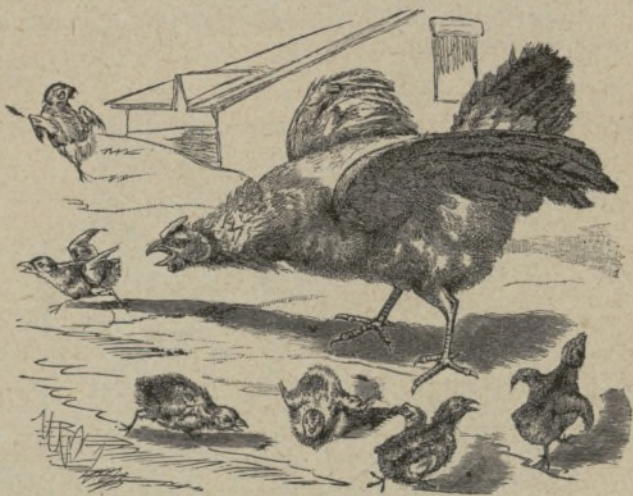
Herodoto abandonó entonces el estrado, y, dirigiéndose al grupo de atenienses entre los cuales se hallaba el niño, preguntó á éste:

—¿Cómo te llamas, niño? ¿De qué familia eres?

—Me llamo Tucídides y desciendo de la familia de Milciades: mi padre es Olore,—contestó el niño.

—Tu hijo ama la gloria,—repuso entonces el historiador dirigiéndose á Olore,—y ama asimismo las buenas letras: si cuidas de cultivar sus nobles disposiciones, el nombre de Tucídides será inmortal en Grecia.

Tal fué la profecía del primer historiador. Cómo se cumplió, dejemos que



Historia de una ga lina

Quintiliano, antiguo escritor latino, cuyos textos se consultan hoy día, responde por nosotros:

«Grecia ha tenido los más célebres historiadores, dos de los cuales han sobrepujado á cuantos se han conocido, y que, á pesar de la diversidad de sus estilos, han conseguido nivelar su fama á una altura estrictamente igual é insuperable. El uno, sencillo, dulce é ingenuo, es Herodoto: el otro, conciso, enérgico, fogoso, es Tucídides. El primero cautiva por su dulzura, el segundo avasalla por su fuerza.»

Las cualidades excepcionales de Tucídides le inclinaron á adoptar para sus obras una forma totalmente distinta que la empleada por su antecesor; pero es evidente que su ambición, su afán para historiar los grandes hechos de su patria, nació en él el día que oyó al *Padre de la Historia* en los Juegos Olímpicos de Atenas.

ANTONIA OPISSO



EL CABALLO DEL ÁRABE

HENIA un beduino un famoso caballo que era la admiración y la envidia de todos los miembros de su numerosa tribu, hasta el extremo de que el más rico de entre ellos, llamado Daher, estaba tan deseoso de poseerlo que su pasión rayaba en locura.

Ofreció por el caballo todos sus camellos, ofreció todas sus haciendas; pero fueron vanas todas sus ofertas, porque su dueño no hubiera trocado al noble bruto por todas las riquezas del mundo; así es que rechazó obstinadamente cuantas proposiciones se le hicieron para venderlo.

Pero resuelto Daher á poseerlo á toda costa, resolvió apelar á la astucia para conseguir su objeto.

Un día se embadurnó el rostro con el jugo de ciertas hierbas; cubrió su cuerpo de harapos á fin de que nadie pudiera reconocerle, se vendó después los brazos y las piernas como si fuese un mendigo paralítico, y, desfigurado de este modo, fué á situarse á la orilla de un camino por donde solía pasar Naber, que así se llamaba el dueño del tan codiciado caballo.

Al acercarse Naber, montado sobre el ligero animal, al sitio donde se hallaba el desfigurado Daher, éste le dijo con voz apagada:



La bienvenida

—Soy un pobre mendigo extranjero. Aquí voy á perecer de hambre y de fatiga. Socorredme, y Dios os recompensará.

El beduino, guiado por su noble corazón y por sus sentimientos caritati-

vos, le invitó á montar en su caballo para conducirle á su casa y darle en ella cariñosa hospitalidad. Pero el fingido mendigo contestó con mentida voz conmovedora:

—No puedo levantarme: el cansancio y mis dolencias me han dejado sin fuerzas.

Compadecido el noble Naber de tanto infortunio, se apea de un salto, aproxima su caballo al desvalido, y, cogiendo á éste entre sus brazos, le coloca con gran pena sobre la silla.

Cuando Daher se ve montado, espolea con fuerza el tan codiciado caballo, y huye gritando:

—Yo soy Daher. Me he apoderado de tu caballo, ya que no has querido cedérmelo á trueque de mis riquezas. Es mío ya.

El dueño del caballo quedó un momento estupefacto; pero repuesto al instante, llamó al fingido mendigo, suplicándole que escuchara dos palabras.

Seguro Daher de no poder ser alcanzado, se detiene y vuelve la cabeza, dispuesto á escuchar.

Entonces Naber le dice:

—Quédate con mi caballo ya que así lo ha querido Dios, pero te suplico que no digas á nadie la manera engañosa de que te has valido para robármelo.

—¿Por qué?—preguntó Daher.

—Porque podría suceder que otro día algún semejante nuestro se hallara en realidad fatigado y enfermo, y no encontraría quizás quien le prestase los necesarios auxilios por temor de quedar burlado como yo. En este caso tú tendrías la culpa de que los hombres se retrajeran de realizar actos de caridad. Yo á nadie relataré este hecho: procura tú hacer lo mismo, y de este modo no perjudicaremos á los pobres.

Conmovido Daher por estas palabras, apéase del caballo robado y lo devuelve á su legítimo dueño, abrazándole estrechamente y ofreciéndole su amistad.

Los dos nuevos amigos se trasladaron á la morada de Naber, quien ofreció al robador de su caballo la más cordial hospitalidad.

Aceptóla Daher agradecido, y, después de haber vivido juntos algunos días como dos verdaderos hermanos, se separaron, jurándose antes que su amistad sería eterna.

PEDRO GARRIGA PUIG





¡MARÍA!

I

En pos de las flores
mi cándida niña
corría, volaba,
con dulce sonrisa.
Las rosas más puras,
las flores más lindas,
su mano inocente
cortaba y unía,
gentil mariposa
que vaga indecisa
y todas las flores
amante acaricia.
Así, sonriente,
mi dulce María
vagaba en el huerto
cual hada bendita
que en mayo á las rosas
mil besos prodiga;
y yo, al contemplarla
dichosa, decía:
— ¡Qué alegre es el campo!
¡Qué hermosa mi niña!

II

Cesaron de mayo
los días alegres,
las tardes hermosas,
las noches rientes.
Con flores de otoño,
de aroma muy leve,
se adorna la estancia
do reina la muerte.
¡Mi niña agoniza!...
Su rostro inocente
parece que anuncia
promesas celestes.
Las flores perfuman
el cálido ambiente:
su dulce mirada
en ellas se pierde.
las mira... sonrie...
y débil, muy débil,
anuncia un suspiro
que al Cielo se vuelve.
¡Las flores del huerto,

que ornaron alegres
el último mayo
su cándida frente,
hoy, flores de Otoño
que ya palidecen,
circundan piadosas
su lecho de muerte!

III

Llegó el nuevo día
del mes el primero,
el día que el mundo
dedica á los muertos.
Medrosas campanas
con tímidos ecos
parece que lloran
conmigo á lo lejos.
En un coche blanco
mi dulce ángel bello
emprende el camino
que va al cementerio.
Las flores que adornan
sus cándidos restos,
son tristes... muy tristes...
¡son flores de muerto!

...
...
¡Ay Dios! ¡Qué sombrío,
el próximo invierno,
con nieve en el campo,
con nieve en el pecho!
Que, madre amorosa
del ángel que ha muerto,
penetra en mi alma
el frío del hielo.
¡Qué triste... qué triste
el próximo invierno!
¡Marchitas y secas
las flores del huerto,
la nieve en los montes,
el llanto en el pecho,
mi hogar sin un ángel,
María... en el Cielo!

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE

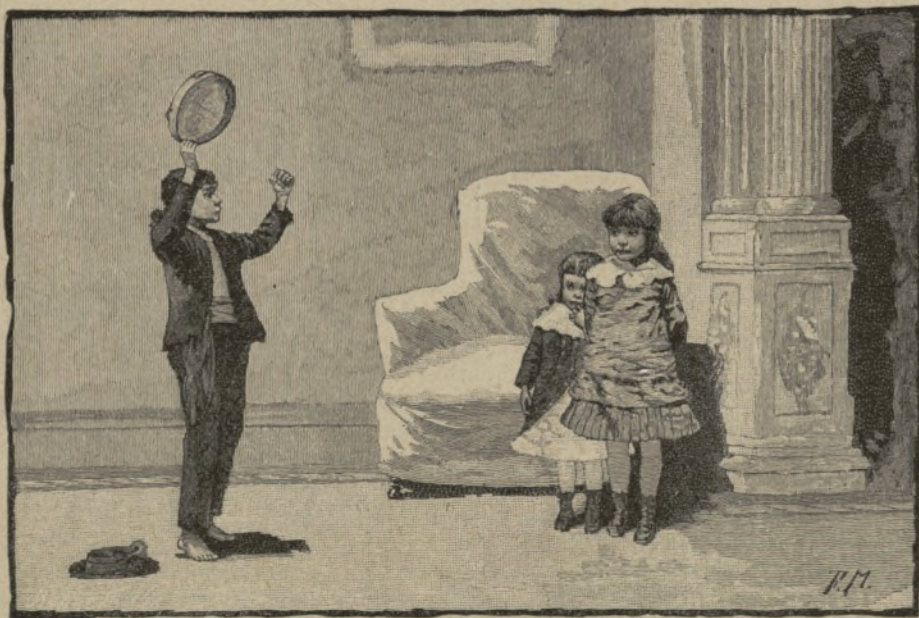
25 noviembre 1888

+ NUESTROS GRABADOS +

LA CONCHA DE PERLA

Cierto día una sirena subió hasta la superficie del mar para pasearse, y perdió la concha de perla en que se había embarcado, pues de pronto estalló una furiosa tempestad que arrojó á la sirena contra una roca, junto á la cual pudo mantenerse á flote.

La concha fué arrastrada hasta la orilla, donde unos niños la cogieron y vendiéronsela



Un concertista

después á una señora. Esta última pintó en aquella varios bonitos peces y una sirena, convirtiendo la concha en un objeto precioso, que regaló á su madre el día de Navidad.

HISTORIA DE UNA GALLINA

En un corral contábase, entre otras gallinas, una del todo blanca, muy joven y que nunca había cubierto huevos. Cierta día pusieronla algunos de pato para ver si los incubaba, y el ave cumplió con su cometido, pero tardó un mes. La gallina pareció extrañar el aspecto de los patitos, como si reconociera que eran de una especie distinta de la de los pollos; y al ver que lo primero que hicieron fué correr al estanque próximo y zambullirse en el agua, precipitóse en su seguimiento, temerosa, sin duda, de que murieran allí. Sin embargo, al ver que se sostenían perfectamente, no se cuidó ya más de ellos.

Al verano siguiente la pusieron huevos de gallina, los incubó, y, como era natural, salieron pollos, á los cuales quiso también conducir al estanque, dando con esto una evidente prueba de su buena memoria.

Ya se comprenderá que ninguno de aquéllos quiso entrar en el agua. La madre comenzó á cacarear con furia y á picarlos para obligarles á introducirse en el estanque; pero todo fué inútil, pues no sabiendo nadar, repugnábales el agua.

Lo más extraño del caso es que la gallina los aborreció, y cuando iban detrás de ella

ahuyentábalos con su pico; de modo que los pobres pollos debieron prescindir de su madre.

LA BIENVENIDA

Paseando por el campo, una niña se entrega á sus reflexiones, deteniéndose á cada instante para observar cómo comienzan á vivificarse las plantas.—Despertad ya de vuestro sueño, —dice,—que el invierno ha huido y la nieve os deja libres. El prado y la colina reverdecen, y á mis oídos llega el susurro del manso arroyuelo. Los tiernos capullos



Un concertista

pronto se desarrollarán en preciosas flores. El cielo es más puro ahora, y las avecillas vuelven á cantar en el bosque: «—¡Bienvenida sea la primavera con sus encantos y atractivos!»

UN CONCERTISTA

Este grabadito constituye para su autor, ó, por mejor decir, para el dibujante, una ejecutoria de envidiable talento. La escena es deliciosa: un pobre niño que se gana trabajosamente la vida tocando la pandereta por las calles, es llamado á una lujosa morada para que dé ante las niñitas un pequeño concierto; y aquí es de ver la atención con que lo escuchan aquellos dos pimpollos y lo admirablemente expresadas que están las diferentes emociones de cada uno de los personajes. Bien merece un aplauso el autor de composición tan inspirada.

EL PAVO SALVAJE

—¿Hay pavos en el bosque?—preguntó Matías á su compañero Ricardo.

—Sí,—contestó éste,—pero no son como los de casa. Los que ahora oyes gritar tienen un color más oscuro, y no te será fácil acercarte á ellos.

Los dos jóvenes se van al bosque, donde Matías se propone enseñar á su compañero el lazo que ha preparado para coger pavos salvajes.

—Mira,—le dice, cuando llegan al sitio;—¿ves esa especie de choza que yo he formado con troncos, cubriéndola de tierra y hojarasca? Pues, por la abertura que he dejado, los pavos pueden entrar sin dificultad, y he esparcido granos de trigo por dentro para inducirlos á introducirse allí. Esas aves son muy tontas, y cuando se hallan dentro no hacen más que levantar la cabeza y no saben cómo salir. Ahora voy á ver si encuentro alguno.

El muchacho se acerca y ve que hay un pavo, el cual se apresura á coger.

—Vaya,—le dice á su compañero,—ya tenemos asegurado uno para la Navidad. A estas aves no es posible domesticarlas, porque pronto se mueren, y por lo tanto lo mejor es ponerlas desde luego en el asador.

Los dos jóvenes cazadores vuelven á visitar el bosque á los pocos días para ver si ha caído alguna otra ave en el lazo; pero, al examinarle, solamente encuentran algunas plumas dentro.

—Aquí han estado los pavos,—dice á Ricardo,—y es posible que vuelvan otra vez.

Los dos muchachos se ocultan, y poco después ven llegar tres ó cuatro de las codiciadas aves. Una de ellas, más atrevida que sus compañeras, se acerca á la abertura é introdúcese dentro; mas antes de que acabe de entrar, Matías se precipita y le coge de la cola, y los dos cazadores vuelven á su casa muy satisfechos de su triunfo.



LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

La palabra del rey es una ley para los cortesanos. Los chambelanes, muy á pesar suyo, soltaron á Augusto, el cual, con su pobre vestido de piel de

carnero, sus gruesos zapatos llenos de barro y sus cabellos rizados, todos enmarañados, se encontró en medio de la más hermosa pieza que hubiese visto jamás en sus sueños, en presencia de un joven moreno, cuyos ojos soñadores estaban llenos de fuego. Ese joven le dijo:

—Niño: ¿cómo habéis venido aquí oculto en esa estufa? No tengáis miedo: decidme la verdad: soy el rey.

Instintivamente, Augusto, en señal de homenaje, arrojó sobre la alfombra su gran sombrero tirolés, adornado de bellotas de oro deslucidas, y juntó sus dos manecitas. Teníale demasiado exaltado su amor á Hirschvögel para sentirse intimidado, ni aun en presencia de un rey. Y, después, ¡era tan dichoso, tan dichoso al pensar que Hirschvögel había ido á parar á manos de un rey! Los tirolese, fieles á sus señores, piensan que un rey es siempre bueno.

—¡Oh, querido rey!—dijo con voz suplicante.—Hirschvögel era nuestro: le hemos amado toda nuestra vida y nuestro padre lo ha vendido. Cuando he visto que iba á abandonarnos irremisiblemente, me he dicho que me iría con él, y he hecho todo el viaje escondido en su interior. La noche última Hirschvögel ha hablado y ha dicho muy hermosas cosas. Os ruego me dejéis vivir á su lado. Todas las mañanas iré á cortar leña para él y para vos si permitís solamente que pueda permanecer con él. Nadie más que yo, desde que estoy en edad de hacerlo, se ha ocupado en alimentarlo; y me quiere, sí, me quiere: me lo ha dicho esta noche pasada: ha dicho también que había sido más feliz en casa que no podría serlo en un palacio...

Entonces faltóle la respiración, y, cuando levantó la cabeza para mirar al rey, corrían gruesas lágrimas por sus mejillas.

El rey ama todo lo que es poético y todo lo que sale de lo vulgar. Vió en aquella pobre carita una expresión que le agradó y le conmovió. Hizo señal á los chambelanes de que dejaran tranquilo al niño.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó.

—¡Me llamo Augusto Strehla, mi padre es Carlos Strehla, vivimos en Hall, en el Innthal, é Hirschvögel ha sido nuestro largo tiempo, largo tiempo! Sus labios temblaban y ahogó un sollozo.

—Y ¿habéis hecho de verdad todo el camino del Tirol á Munich en el interior de esa estufa?

—Sí,—respondió Augusto;—nadie cuidó de mirar, excepto vos.

El rey se echó á reír. Luego, de pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Quién ha comprado esa estufa á vuestro padre?—le preguntó.



El pavo salvaje

—Unos mercaderes de Munich,—respondió Augusto sin caer en la cuenta de que cometía una grave falta contra la etiqueta hablando al rey como al primero que se encontrara por la calle.

—¿Sabéis que precio le han pagado á vuestro padre?

—Doscientos florines,—respondió Augusto (y suspiró de vergüenza).— ¡Era mucho dinero,—repuso para justificar á su padre,—y es tan pobre y tiene tantos hijos!

El rey se dirigió á los chambelanes de servicio, y dijo:



El pavo salvaje

—¿Han venido con la estufa esos mercaderes de Munich?

Respondieronle que estaban allí, y el rey manifestó deseos de verles. Mientras uno de los chambelanes corría á todas piernas á ejecutar sus órdenes, el monarca miró á Augusto con compasión.

—Estáis muy pálido, amiguito. ¿Hace mucho que no habéis comido?

—Tenía un poco de pan y salchichón: he acabado el resto ayer á mediodía.

(Se concluirá)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.